

Capítulo XI

“¡Bruja! -gritaban en sus recuerdos, portando teas encendidas para quemar su cuerpo...”

Miraba fijamente las piedras encendidas que les daba calor. Mas su visión vagaba muy lejos, perdida en los desfiladeros del Este por los que había de pasar.

“- Quemadla...”

Sentía cómo la premonición se abría camino sin ser esperada. Un sonido la precedía, un chasquido, o estallido que nublaba al instante su mirada y le hacía penetrar en las brumas del tiempo.

*“En la niebla
Una imagen surgía,
Sangre en nieve.
En el viento
Un profundo lamento
Réquiem y silencio.
Y el frío hielo
Cubriendo sus cuerpos
De barro y hierro.”*

Eariandes miró al cielo. La luna estaba a punto de terminar su ciclo. Quedaban unas noches para que el astro se oscureciera por completo. Debían llegar al final del paso antes de que eso ocurriera, para que su plan pudiera surtir efecto. Si no, todos estarían perdidos. Ella sería la que marcaría su destino.

Habían esperado casi un mes para salir de las antiguas minas hacia la libertad. Durante el transcurso del mismo, el otro grupo de refugiados, que se escondía al oeste de su posición, se unió para escapar del reino juntos. Hacían un total de nueve adultos, diecinueve jóvenes y ocho niños. Eran demasiados, pero no podían dejarlos atrás.

Con la luna nueva tendrían más posibilidades para franquear las líneas enemigas, pues los humanos no se aventuraban a realizar acciones peligrosas con tan poca luz.

Hasgad era su meta, la ciudad fronteriza de Rooween más cercana a su posición, en el país humano del este. Largamente habían discutido hacia donde dirigirse aunque para ella había estado muy claro desde el principio:

“- En mi opinión, la única opción viable es Rooween, por el momento. La coyuntura política es desfavorable a nuestra causa. Ugalnohm hace un tiempo firmó un tratado comercial con Dassellnohm y no creo que nos dejen pasar alegremente sus fronteras; no querrán enemistarse con su aliado comercial. Por otro lado, Rooween tiene una actitud

mucho más abierta con respecto a los elfos. Sólo hay tres opciones: subyugarse, luchar o huir.”

Recordaba que cuando pronunció esas palabras el resto del grupo la observó con recelo. Se preguntaban cómo sabía esas cosas y por qué las decía con tanta seguridad. Sin duda alguna eran cosas de adivinos, pensarían.

Sin embargo, la explicación era sencilla: Había viajado por las tierras del sur durante décadas, disfrazada de humana, y conocía cómo estaba el panorama de primera mano. Esas cuestiones políticas eran ininteligibles para la mayoría, pero siendo tainerin había tenido que estudiar esos campos del saber: política con mayúsculas, leyes, historia de varios países, idiomas, costumbres, sabiduría popular, etiqueta, diplomacia, y un largo etcétera de conocimientos vedados al vulgo y poseído únicamente por estadistas y eruditos vinculados a la corte.

El grupo estaba apiñado unos contra otros para darse calor mutuamente. Los más jóvenes y los niños ya dormían agotados por la larga caminata por estrechas cornisas entre paredes de roca y profundos precipicios, luchando contra el frío, el aguanieve y el viento.

En silencio, observaba sus rostros apesadumbrados, sin brillo en los ojos, recordando seguramente a los seres queridos que murieron o en sus hogares destruidos. Notaba su desesperanza como agujijones en la cabeza.

Los adultos que no tenían que vigilar durante la noche finalmente se acurrucaron bajo sus mantas, mientras que Eariandes y Thaeil permanecían fuera del círculo de luz, aunque esta fuera tenue, para dificultar su detección.

Escuchaba el aire que acariciaba las cumbres y arrastraba con él a las nubes, el rumor de las ramas de los árboles y Los animales nocturnos que salían a cazar. El peligro aún no se cernía sobre ellos, iba a ser una guardia tranquila. Así que no dudó en entregarse a sus propios pensamientos. Desconcertantes imágenes se sucedían en su mente sin un orden que les diera coherencia. Debía meditarlo con calma antes de sacar conclusiones.

Después de calmar sus pensamientos y desechar las demás ideas que brotaban en su cabeza que no estaban relacionadas con la premonición, había podido entrever que surgirían serias complicaciones y que no podrían evitar enfrentarse al ejército real. Por ello sabía que parte de ellos abandonarían ese mundo, serían capturados o alcanzarían la libertad.

Consciente de que para algunos ese era el final del trayecto, decidió no expresarlo en voz alta; no sería útil. Para qué infundirles el temor a la muerte o el desánimo. No ignoraban los peligros que implicaban su decisión y eso era lo que necesitaban saber para cumplir su cometido. No los miraba con pena, ni compasión, así debía ser. Muchos la acusarían de cruel o de bruja. Lo que no sabrían nunca es

que sin su presencia casi todos perecerían y su afirmación no era una cuestión de ego.

- Me haces cosquillas - dijo Raell mientras Eariandes le embadurnaba el rostro. Insistió en encargarse personalmente de preparar a los niños. Y nadie puso objeciones al respecto - ¿Es el ingrediente de un sortilegio mágico?

- Solo es barro. ¡No seas tan crédulo! - Le regañó Urnell-.

- Claro que sí... esto te dará suerte - dijo en un susurro al jovencito - la magia se esconde a simple vista en las cosas sencillas.

- Lo conseguiremos, estoy seguro. Contigo aquí seremos invisibles y los ojos humanos no nos verán. ¡Ya lo verás, lista! - le espetó a su compañera.

La tainerin sonrió ante tal demostración de fe. Los demás hacían lo propio para camuflar su piel y mimetizarse con la oscuridad que sería su escudo.

- Recordad, hay que estar muy callados y moverse como lo hemos practicado. Si yo hago este gesto ¿qué significa? - Thaell levantó el puño cerrado -.

- ¡Qué paremos y nos agachemos! - sus voces dulces se alzaron al unísono, como si fuera un maestro que preguntara la lección y ellos sus alumnos.

- ¿Y si hago esto? - con su mano abierta la movió de atrás hacia delante -.

- ¡Qué avancemos de prisa!

- Cuando crucéis el río, tenéis que agarraros muy fuerte a la cuerda u os arrastrará la corriente. Utilizad las manos y las piernas para sujetaros, y sobre todo, mantened la cabeza fuera del agua. Estará muy fría y dará miedo pero podéis hacerlo... mis valientes.

La tainerin terminó de preparar a los jóvenes y a los infantes que irían a la espalda de los elfos de más edad, deseando que sus bendiciones fueran suficientes para darles la oportunidad de tener una larga vida. Acunó a cada uno de los niños para que tuvieran sueños placenteros y profundos.

Aguardarían a que el sol se ocultara definitivamente en el horizonte y que la luz de las estrellas refulgieran en lo alto, aunque estas esturan tras negros nubarrones.

Estaban apostados en lo alto de una de las colinas cercanas a la frontera a una distancia prudencial. Observaban las hogueras, las antorchas, los soldados, el fortín emplazado en un pequeño cerro que estaba más adelante. Oían sus risas y sus voces al hablar en la distancia. Agazapados los elfos analizaban la situación: La vigilancia era

estrecha y los efectivos numerosos. Contuvieron el aliento y en su fuero interno preguntaron a sus dioses cómo podían burlar el cerco y cruzar el río Valduir, convencidos de que necesitarían su intervención.

Los montes les habían ayudado a aproximarse y a ocultarse del ejército hasta ese momento. Pero ahora tenían que cubrir el espacio que les separaba de Rooween con la única ayuda de las pequeñas depresiones del terreno y la voluntad de sobrevivir. Oriell fue señalando la ruta más viable hasta el río. El trecho final era totalmente al descubierto. Descorazonados se retiraron hacia una posición más segura para ultimar los preparativos.

- Se esperan un ataque de Rooween no una incursión de detrás de sus filas; a lo mejor tenemos suerte y no se percaten de nuestra presencia hasta llegar al agua – dijo Junnell para infundir ánimo. Pero nadie quería hablar de la posibilidad de ser sorprendidos antes de tiempo. Así que ignoraron el comentario.

- Bien, yo seré quién abra camino – fue Oriell el que reanudó la conversación. El resto estuvo de acuerdo pues era el más preparado físicamente - Cuando llegue a la otra orilla ataré el cabo y podrán cruzar. Tendré que hacerlo rápido. No creo que tengamos mucho espacio de maniobra.

- ¿Y que hay del orden que vamos a llevar? – preguntó Xiorath -.

- Yo seré la última en cruzar y, en el caso de que nos descubran, la que os cubra la retirada. – Contestó Eariandes-.

- Los que porten a los niños cruzarán los primeros – repuso Luciell.

- No estoy de acuerdo... deberán ir en último lugar. Serán más lentos y retrasarán a todo el grupo – la contundencia con la que se expresó la tainerin, sorprendió a los presentes -.

- Esta elfa me pone enferma ¿qué clase de monstruo eres? – dijo Luciell escandalizada.

- ¡Calma! – le espetó Irell, que no estaba dispuesta a entrar en discusiones que no llevarían a nada -.

- Tiene razón - sentenció Thaell - hay que pensar con lógica, somos muchos... Yo llevaré a uno de los niños – y su mirada decía que la discusión la daba por terminada.

Concluyeron todos los pormenores, desde el orden hasta el tipo de nudo utilizarían para afianzar el cabo. Y después de una hora no había nada más que discutir, por lo que decidieron irse a descansar. Cuando Eariandes se dispuso a hacer lo mismo Thaell la detuvo.

- Pensé que los de tu culto eran pacifistas, pero hablas como un soldado.

- Solo cuando me veo obligada a ello...

- ¿Por qué insististe en ser la que se quede en retaguardia? Sé que esperas que nos ataquen, pero ni siquiera llevas una espada para defenderte de los humanos.

- Los soldados no son el mayor de nuestros problemas.

- ¿Qué sabes y no nos dices?

- Hay momentos en los que una espada no sirve para nada, y este será uno de ellos.

- ¿Quieres decir que hay un brujo con los humanos? – Asintió sin ganas de corregirle – y tú tienes las artes necesarias para contrarrestarlas, ¿no? – la pregunta era directa e inútil eludir la respuesta por más tiempo.

- Eso espero... - la expresión de alegría del elfo hizo preciso una puntualización crucial - tienes que entender que eso limitará nuestro margen de actuación. En cuanto utilice mis habilidades seremos un blanco fácil. Es por ello que recurriré a ellas como último recurso.

- Me sentiría más tranquilo si llevaras un arma...

- La llevo – dijo mientras agarraba su cayado con más firmeza -.

Se arrastraban por el fango con el mayor sigilo posible, aprovechando las rocas y cualquier cosa que le sirviera de escondrijo, en fila y de forma ordenada. Eso hacía el recorrido más largo, pero más seguro. Oriell iba en cabeza, seguido de Anarell, que portaba un niño a su espalda atado con unos paños; era la que coordinaría desde la vanguardia a los jóvenes llegado el momento.

El que iba delante dirigía el avance: cuando debían permanecer quietos o continuar. Los soldados vigilaban desde el fortín pero además había patrullas que vigilaban la linde del río. Desde su posición se hacía más evidente que la lucha sería necesaria. Pero aún así debían seguir, no quedaba otra opción. Nadie lo decía pero no estaban muy seguros de ver el siguiente amanecer.

Por el momento el plan iba según lo previsto. Unos cuantos militares portaban antorchas para alumbrar el camino a los demás, lo que les hacía fácilmente distinguibles. Así que esperaron a que se alejaran para cubrir la distancia que los separaba de la orilla. Deberían hacerlo agachados, deprisa y de uno en uno para retrasar el momento de ser descubiertos; solo después de que se asegurara el cabo en la otra ribera. Ataron con cuidado el extremo de la cuerda a una roca, con ella enrollada alrededor, e irían soltándola a medida que su compañero avanzara.

Había llegado la hora de la verdad. Oriell con la soga atada a la cintura se irguió y corrió hacia el agua. Habían elegido un trecho en el que el curso del río se hacía más estrecho. Pero el caudal era abundante y la corriente fuerte. Pero luchar contra la corriente fue más difícil de lo que había imaginado y Oriell, sino hubiera sido porque

estaba amarrado hubiera sido arrastrado por ella. Estaba a medio camino, pero no avanzaba. Hacía denodados esfuerzos por mantenerse a flote y los segundos corrían en su contra. Desesperados veían como se debatía en vano con la fuerzas de la naturaleza y era vencido. Se oyeron algunos sollozos de los jóvenes que empezaban a ponerse nerviosos y los adultos impotentes clavaban los dedos en la tierra.

- No lo conseguirá – murmuró Thael a su pesar, con los dientes apretados de la rabia – hay que sacarlo de ahí o se ahogará -.

Eariandes que estaba justo detrás, sabía que era el momento de actuar y atenerse a las consecuencias.

- *“Cuando él llegue y coloque la cuerda debéis ser muy rápidos. Pero no os detengáis pase lo que pase. Pase lo que pase continuad”*- oyeron todos en su mente.

Se concentró y llamó a Ull que estaba dentro de todo lo creado, despertando su alma en el interior de las rocas que estaban en el lecho del río ordenándoles que se alzarán. Y una a una fue emergiendo de las aguas como un rastro de piedras, que pronto sería rebasado por el agua, pero que ayudó a Oriell a sujetarse, reponerse y continuar.

- ¡Qué has hecho! – Dijo Thael – ¡ahora saben que estamos aquí!

- Por eso tenéis que correr... ya viene.

La tainerin se alzó y se encaró hacia el fortín. Las voces de alarma de los soldados humanos en las murallas irrumpieron la quietud de la noche. Él los había alertado, pensó. De repente un foco de luz emergió de la nada justo encima de su posición y el aire empezó a soplar en su contra, primero suave y después con violencia. La temperatura ambiental descendió bruscamente y empezó a nevar.

- ¡Disparaad! – una nube de flechas encendidas con fuego surcaron el cielo ayudadas por el viento, pues estaban fuera de su alcance.

Eariandes abrió un poco las piernas para tener más estabilidad. Y alzó las manos como si estuviera agarrando el mismo aire. Y algo ocurrió: Sus ropas y sus cabellos empezaron a agitarse como si a sus pies se formara un remolino. Los elfos quedaron obnubilados por la imagen, las flechas se acercaban pero era imposible no mirarla. Su rostro denotaba una extrema concentración e incluso parecía mucho más grande y amenazadora. Miraba fijamente los proyectiles que se les echaban encima. Se cubrieron para protegerse de los impactos. Sin embargo, cuando estaban apunto de alcanzarlos algo los detuvo, y cayeron inofensivas sobre la tierra.

- ¿Cómo lo has hecho? – preguntó temeroso Thael a sus pies -.

- ¿No les he dicho que corrieran? – Dijo sin perder la concentración - ¿a qué esperan?

Oriell consiguió su propósito y les hizo señas para que empezaran a cruzar.

- ¡Corred! – gritó Anarell a los jóvenes que tardaron unos segundos en reaccionar.

Al ser descubiertos ya no había razones para hacerlo despacio. En fila de a uno se metieron en el río agarrándose de la cuerda y apoyándose en las piedras.

La tainerin notó el cosquilleo de la esencia, la magia, acumulándose en el ambiente. Y no solo era ella la que lo provocaba. Cerró los ojos un instante.

- ¡La patrulla se acerca! – Vociferó Naroell – ¡...Más aprisa! – les instigaba.

Los gritos en el río y el aullido de Irell y Anarell les alertaron de que varios elfos se habían resbalado y fueron arrastrados corriente abajo.

Un olor extraño inundó el viento. Eariandes lo reconoció y alzó rápidamente una mano como si estuviera señalando a las nubes; los músculos de su cuerpo se tensaron para recibir el golpe.

Simultáneamente, se quedaron ciegos durante unos instantes por un fogonazo blanco, se taparon los oídos por el estruendo que surgió de la luz, con miedo que les reventaran, y una fuerza invisible les hizo perder el equilibrio y caer. Cuando pudieron recobrase un poco, vieron que la tainerin seguía en pie, rodeada de una energía que amenazaba con consumirla. Empero ella juntó sus manos y como si estuviera apuntando al fortín liberó un rayo. El mismo que le había lanzado el "brujo". Los humanos apostados en las murallas soltaron alaridos de horror y el fuego hizo acto de presencia.

Las puertas de la fortaleza se abrieron y salió la caballería en carga; y era letal, pero ella no parecía inmutarse. Los elfos, raudos, amarraron a los niños dormidos a los jóvenes que aún no habían cruzado. Desenvainaron sus espadas. Morirían luchando para proteger la retirada.

- ¿Qué hacéis, maldita sea? ¡Idos! ¡Aquí no hacéis nada solo estorbarme! ¡Marchaos!

- ¿Quieres divertirte tu sola? – dijo Garaell. Tanto Thael como él se apostaron a ambos lados de Eariandes para protegerla.

- ¿Queréis que ellos corran solos por bosque? Esto no se ha acabado aún – les miró unos instantes desafiante.

Los caballeros estarían sobre ellos en cuestión de segundos. Eariandes desató su cayado de la espalda, y utilizó sus habilidades para lanzar un rugido tan espeluznante que encabritó a los caballos y desbarató la carga como si fueran hojas molestas. El triunfo no pudo ser degustado porque la patrulla los alcanzó finalmente. Y el caos se adueñó de sus actos.

No podían vencer, así no, solo morir.

- ¡Urneeell noooo! – se oyó a Raell por encima del fragor del combate. Eariandes se giró para ver qué había ocurrido y vio con horror a Urnell lanzándose a la batalla seguido de su compañero que intentaba detenerla.

En un parpadeo reapareció delante de ellos para protegerlos, no era una buena idea, pero en esos momentos prefirió no meditarlo demasiado. Golpeó con ímpetu al soldado que tenía intención de atacarlos. La distracción la pagaría cara.

La realidad se tensó de nuevo a su alrededor, sintiendo en sus carnes como la esencia volvía a contraerse, la aprisionaba, la rasgaba por dentro. Un alarido desgarró su garganta y se desplomó. Escuchó a Raell y a Urnell, que se tiraron sobre los militares, consumidos por el odio.

- No, así no... - susurró. Se concentró en su cuerpo y le ordenó reaccionar, necesitaba levantarse. Abrió los ojos y lo vio al fin. En su pecho colgaba el símbolo de la estrella de puntas flameantes.

- ¡Dejadla, es mía! – ordenó a sus hombres. Mirándola fijamente cerró el puño, como si estrujara un pedazo de papel, pero lo que realmente estaba aplastando era su garganta.

Instintivamente se llevó las manos al cuello. Pero era inútil, pues sus dedos no estaban ahí. La levantó como si de un muñeco se tratase dejándola de puntillas. Se asfixiaba.

- Quiero que me mires a los ojos Tainerin – escupió con aborrecimiento - ¡Mírame! Y siente como la muerte se cierne sobre ti.

- “*Tus deseos son órdenes*” – y clavó sus pupilas en las suyas mientras aún le quedaban fuerzas – “*¡Siente!*”

El mago aulló, se llevó las manos a la cabeza y se derrumbó. Su mente y su cuerpo fueron colapsados por una oleada de dolor insoportable, como si a la vez fuera atravesado por un millar de agujas incandescentes. Eariandes cayó al suelo tosiendo violentamente al ser liberada del estrangulamiento, sin quitarle la vista encima al enemigo. No podía ser compasiva. Era él o ella. Su mirada se volvió implacable y el humano, entre espasmos de agonía, murió.

Volvió a ponerse en pie. Hizo un rápido barrido visual mientras se aproximaban con cuidado para apresarla: Solo quedaban vivos Raell, Thaell, Garaell y Anarell. Los soldados les rodeaban y espalda contra espalda esgrimían sus armas para mantenerlos a raya.

- ¡Ríndete, bruja! – no lo decían con mucho convencimiento -.

Solo se podría llevar a uno con ella. Y ya había decidido a quién.